
Claves, enclaves, cónclaves

Carmen Serrano de Haro Martínez

Este verano *Revista de Occidente* celebra que lo que bien empieza nunca termina a los cien años. Siguiendo sus *Propósitos* originales, hemos reunido a una gavilla de «espíritus resueltos a ver claro» para que, bajo un «aspecto», sólo aparente, «de dispersión e indisciplina», nos den algunas claves de aquella curiosidad fundacional «que va lo mismo al pensamiento o la poesía que al acontecimiento público y al secreto rumbo de las naciones».

Arranca Ignacio Gómez de Liaño con la decisión de Giordano Bruno de «descubrir y exponer la clave o llave del pensamiento y de la vida». La cita del *De imaginum, signorum et idearum compositione* permite al lector recorrer en idioma bruniano los diferentes planos del ser, sus imágenes mnemónicas y los simbólicos diseños espaciales. Príncipes y sellos le acompañan en el descubrimiento del prototipo del Atrio, en el de los diagramas de tipo mandálico y en el de la ciudad mental. «Arquitectura, pintura, astronomía y filosofía vienen a componer una música sublime».

Contemporáneo de Bruno, aparece en el seno de la música el clavicordio. Un momento esencial que, aprovechando, como explica Teresa Núñez Marcos, los logros previos de la cítara, la zanfoña, el escaque, el salterio y la espineta, convivirá con el del clave hasta el siglo XVIII y marcará la evolución hacia el nacimiento de «un instrumento clave que no es un clave». El mecanismo fabricado por Cristofori, y al que éste iría incorporando mejoras melódicas, permitirá siglos después a Bösendorfer construir pianos en «cuya riqueza sonora está la clave de su éxito». Duke Ellington eligió uno de ellos.

Quizá sea el jazz del *Cotton Club* de Harlem lo que quieren Greta Garbo y Melvyn Douglas en *Ninotchka* cuando, al buscar música en una *suite* parisina, confunden el *dial* de la radio con la rueda de la caja fuerte. Guillermo Balmori recrea el Hollywood clásico en torno a espías, cajas fuertes y mensajes encriptados. Claves mecánicas, escritas, fonéticas, gestuales, variantes todas de Hitchcock, seudónimo de un tal Macguffin. No olvida Balmori la conexión inalámbrica del cine con el papel perforado de las pianolas, contribución al universo de Hedy Lamarr, geopoética Dalila.

Tampoco la piedra se ha olvidado de la clave, la pieza más importante del arco, la que, cerrándolo, impide que el conjunto se desmorone. Gabriel Ruiz Cabrero discurre por dovelas, bóvedas, cúpulas y todo tipo de arcos. El de herradura lo lleva a abrirnos la Mezquita de Córdoba como documento histórico. Si según El Estandarte, sello segundo de Giordano Bruno, «todas las cosas son uno en verdad y todas están en uno», «la Mezquita de Córdoba fue muchas mezquitas» y todas siguen estando en ella. Y es así el propio edificio quien relata su ajetreada biografía, desde que nació como «obra ofrecida a su Dios por un hombre que veía cerca el final» hasta convertirse en clave «para entender el progreso científico de la restauración en España».

Tras esas cuatro claves vienen tres enclaves, llave de entrada a territorios encerrados en la ensoñación poética, a modelos de la estrategia global y a crónicas contenidas en la Biblia.

La montaña mágica, Camelot, Castroforte del Baralla, La Atlántida y El país de Nuncajamás son los lugares geopoéticos elegidos por Alfonso Lucini para, desde un observatorio situado entre dos enclaves geopolíticos de máxima intensidad, recrearse con puntos indecisos «donde el mar pierde su sacro nombre», con personajes que «se mueven despacio, para que dure más el tiempo» y con algún héroe que «no dejará ya nunca de dar vueltas alrededor de una mesa tan mentirosa como morganática». No faltan en ese recreo los guiños a diversas artes, todos encerrados bajo variopintas y extravagantes llaves.

Desde una perspectiva que aúna parámetros políticos, económicos, ideológicos y estructurales, Luis Felipe Fernández de la Peña transita por la geopolítica de los últimos setenta y cinco años y analiza «los tres órdenes internacionales que se han sucedido desde el fin de la Segunda Guerra Mundial: la Guerra Fría, la etapa unipolar, de hegemonía norteamericana, y la fase de transición en la que nos encontramos como pórtico de un nuevo período todavía por nombrar». El texto queda abierto, con distintos oráculos y ciertas claves para comprender la deriva actual de un mundo que hoy se debate «entre una política de neocontención y la coexistencia competitiva», en función de la amenaza preponderante.

El tercer enclave nos traslada al mundo antiguo y nos sume en una reflexión sobre la concordancia entre la Biblia y los hallazgos arqueológicos de los años veinte y treinta del siglo pasado en Tierra Santa. Juan-Luis Montero Fenollós plantea que el sintagma «arqueología bíblica» difundió la idea de una cierta complicidad entre ambos conceptos, en detrimento del carácter científico de la primera. Funda su exposición en tres ciudades míticas del libro sagrado y que han sido objeto de importantes campañas de

excavaciones y de numerosas investigaciones arqueológicas: el enclave asirio de Nínive, la Babilonia donde se enclavaba la Torre de Babel y Tirsá, capital del reino de Jeroboam.

Quedaría mal cerrado este compendio de llaves que abren y cierran diversos campos del saber si no se hiciera mención a esas reuniones que exigen una clave para participar en ellas. Hablamos ahora de los cónclaves, del *extra omnes* con el que se expulsa del recinto, antes de cerrarlo con llave, a todo aquel que ni conoce ni debe conocer la clave.

Nicanor Gómez Villegas estudia el simbolismo de la llave en los cónclaves de las sociedades secretas: la llave de marfil, emblema de la sabiduría; la clavícula de Salomón, con la esmeralda enclavada que representa a la ciencia maldita y cuya pista se pierde en Venecia; el Templo del Rey Salomón, arquetipo de los templos de las sociedades iniciáticas europeas... Simbolismo secreto salomónico que inspirará el Sant'Ivo alla Sapienza de Borromini en el que Orson Welles habría de filmar escenas de su *Caigliostro*. Y, junto a ello, el *Veni Creator Spiritus*, himno con el que se abren los actos académicos solemnes y que se canta al comienzo del cónclave por antonomasia.

Si el lector ha comenzado a saciar su curiosidad en Roma, por culpa de la hoguera en que arde Giordano Bruno y que coloca para la eternidad su encapuchada estatua negra en *Campo dei Fiori*, acabará de colmarla también en Roma, donde Juan Claudio de Ramón recorre los avatares de ese «perpetuo *aggiornamento*» de los cónclaves vaticanos cuando queda vacante la sede y al titular se le elige bajo «el roce de las yemas de los dedos entre Dios y Adán».

Con la apertura de Bruno y la clausura en la Sixtina ha pasado el lector de soslayo muchas veces y en muchos textos por Jerusalén. Allí, en su Ciudad Vieja, dos familias árabes, los Nussibeh y los Judeh, descendientes de algunos de los numerosos parientes del sultán de Egipto Al-Malik as-Salih, conservan desde la primera

mitad del siglo XIII la llave herrumbrosa de latón negro que abre cada madrugada y clausura con el crepúsculo el pesado portón de una basílica donde se conserva, para millones y millones de creyentes, el trazo espiritual del triunfo agónico sobre la realidad de la muerte.

C. S. de H. M.

